

Basado en el libro: **Cuando Dios se acerca**: Encuentros reales con Jesús que cambian tu historia

# Cuando Dios se acerca

*Plan devocional de 11 días*

*Basado en el libro "Cuando Dios se acerca: Encuentros reales con Jesús que cambian tu historia"*

**Felipe Echeverri**



Un devocional de Felipe Echeverri | Visita: [www.martepodcast.com](http://www.martepodcast.com)

## Día 1 de 11

*Texto bíblico: Marcos 2:4-5*

### **Cuando Jesús se encuentra con mi impotencia**

Había cuatro hombres cargando una camilla. En ella iba alguien que no podía moverse solo, alguien cuya única forma de avanzar ese día dependía completamente del amor de otros. Cuando llegaron a la casa donde estaba Jesús, la multitud bloqueaba cada entrada. Lo que a muchos les habría parecido una señal para rendirse, a ellos les encendió algo diferente: subieron al techo, lo abrieron, y bajaron la camilla hasta quedar frente a Jesús.

No hubo discursos. No hubo súplicas elaboradas. Solo un acto audaz que decía sin palabras: “Creemos que Tú puedes.”

Y Jesús respondió. Pero no con lo que todos esperaban. No sanó primero las piernas. Fue directo al alma: “Hijo, tus pecados te son perdonados.”

En ese orden hay una enseñanza que vale la pena sostener: Jesús nunca se limita a nuestras expectativas. Nosotros llegamos con una lista de lo que necesitamos, y Él ve lo que realmente nos tiene paralizados. No los síntomas, sino la raíz. No lo urgente, sino lo eterno.

Es fácil pedirle a Dios que cambie nuestras circunstancias mientras evitamos que toque nuestro corazón. Queremos que abra puertas, resuelva problemas, alivie el dolor visible. Y Jesús puede hacer todo eso. Pero primero va al centro.

También hay algo poderoso en los amigos de este hombre. Él no llegó caminando. Fue cargado. Su fe ese día fue prestada, sostenida por otros. Y Jesús la honró igual. Esto nos recuerda que el cristianismo no fue diseñado para vivirse en soledad. A veces somos nosotros los que necesitamos ser cargados. Otras veces somos nosotros los que debemos subir al techo por alguien más.

Cuando el hombre se levantó, tomó su camilla y caminó. No la dejó atrás. Se la llevó. Porque lo que antes era símbolo de su limitación, ahora se convertía en testimonio de la gracia que lo había levantado.

¿Cuál es tu camilla hoy? ¿Qué área de tu vida ha quedado paralizada y necesita ser traída a los pies de Jesús? No tienes que llegar con fuerzas. Solo tienes que llegar.

---

#### **Pregunta de reflexión**

*¿Hay algo que le has pedido a Dios que resuelva externamente, pero que en realidad necesita ser sanado primero por dentro?*

## **Oración**

Señor Jesús, gracias porque ves más allá de mis síntomas. Sabes dónde estoy paralizado, aunque lo disimule. Hoy traigo a tus pies mi camilla. Perdona primero, sana después. Dame fe para romper techos, y cuando me levantes, enéñame a llevar mi historia como testimonio de tu gracia. Amén.

## Día 2 de 11

*Texto bíblico: Juan 8:10-11*

### **Cuando Jesús se encuentra con mi vergüenza**

Era temprano en la mañana y el templo ya estaba lleno. Jesús enseñaba, la gente escuchaba, y el ambiente era de expectativa. Hasta que un grupo de hombres religiosos irrumpió arrastrando a una mujer. La lanzaron al centro, expusieron su pecado delante de todos, y le preguntaron a Jesús qué debía hacerse con ella.

Era una trampa. Pero ella era el anzuelo.

Jesús no respondió de inmediato. Se inclinó y comenzó a escribir en el polvo. Ese gesto detuvo el tiempo. El Maestro no se elevó como juez desde lo alto. Descendió hasta el suelo, a su nivel. Y mientras todos sostenían piedras, Él trazaba líneas de misericordia en la tierra.

Luego se incorporó y pronunció una sola frase que desarma siglos de hipocresía religiosa: “El que de ustedes esté sin pecado, sea el primero en tirarle una piedra.”

Uno a uno, los acusadores se fueron. Las piedras cayeron. Y cuando el escenario se vació, solo quedaron dos: Jesús y la mujer. El único sin pecado... y la que no tenía defensa.

Entonces Él le habló directamente a ella, no de ella: “¿Dónde están ellos? ¿Ninguno te ha condenado? Yo tampoco te condeno. Vete, y desde ahora no peques más.”

No hubo sermón. No hubo humillación pública. Solo una frase que llevaba el peso de la eternidad: yo tampoco te condeno.

Hay algo que esta escena nos muestra con claridad: Jesús no perdona minimizando el pecado. Él sabía perfectamente lo que ella había hecho. Pero su perdón no dependía de la inocencia de la mujer, sino de la disposición de Jesús a cargar con esa culpa. El justo por los injustos. La gracia no ignora la realidad del pecado, la enfrenta y la cubre.

Y luego hace algo más: le devuelve su voz, su dignidad, su futuro. Le dice que se vaya, pero también le da un propósito. No la deja simplemente aliviada, la envía transformada.

Muchos de nosotros vivimos como si todavía estuviéramos en el centro de esa escena, esperando la piedra. Cargamos vergüenza por decisiones pasadas, por ciclos que se repitieron, por etapas que preferiríamos borrar. Pero Jesús ya pronunció su veredicto. Y su voz tiene más autoridad que la de todos los acusadores juntos, incluyendo la voz de nuestra propia conciencia.

Tu historia no te define. Lo que Él dijo sobre ti, sí.

### **Pregunta de reflexión**

*¿Hay una voz interna que sigue condenándote por algo que Jesús ya perdonó? ¿Qué necesitarías creer hoy para vivir como alguien verdaderamente absuelto?*

---

### **Oración**

Señor Jesús, gracias por inclinarte hacia mí en lugar de juzgarme desde lo alto. Hoy escucho tu voz: "Yo tampoco te condeno." Ayúdame a soltar las piedras que cargo contra mí mismo y a caminar como alguien cuya historia ha sido redimida por tus manos. Amén.

## Día 3 de 11

*Texto bíblico: Marcos 1:40-41*

### **Cuando Jesús toca mi aislamiento**

Había reglas claras sobre los leprosos. No podían acercarse. Debían mantenerse lejos de la comunidad, del templo, de cualquier persona. Y si alguien se aproximaba sin saberlo, tenían que gritar: “¡Impuro, impuro!” como advertencia. Su enfermedad no solo destruía el cuerpo. Destruía todo lo demás: la familia, las amistades, la vida religiosa, la dignidad.

Este hombre llevaba años viviendo así. Solo. Evitado. Temido.

Pero ese día hizo algo que las reglas prohibían: se acercó a Jesús. Se arrodilló. Y con una fe humilde pero ardiente dijo: “Si quieres, puedes limpiarme.”

No dudaba del poder de Jesús. La pregunta que lo desvelaba era otra, más honda, más personal: ¿querrías hacerlo por mí? ¿Podría alguien como yo merecer tu atención?

Es la pregunta del que ha sido rechazado demasiadas veces. Del que aprendió a esconderse para no incomodar. Del que lleva tanto tiempo afuera que ya no recuerda cómo es estar adentro.

Y entonces ocurre algo que nadie esperaba. Jesús no retrocede. No pone distancia. No pronuncia primero una palabra de sanidad. Extiende la mano y lo toca.

Antes de decir nada, lo toca.

Ese gesto lo decía todo: no te rehúzo, no me contaminas, no me alejas. En una cultura donde nadie tocaba a un leproso, Jesús cruzó la línea deliberadamente. Porque su santidad no es frágil. Su amor no necesita protegerse de nuestra impureza. Al contrario, su toque no lo contamina a Él, sino que nos purifica a nosotros.

Y luego habla: “Quiero; sé limpio.”

Quiero. No solo puedo. Quiero. Ese es el escándalo de la gracia: Dios no solo tiene el poder de sanarte, tiene el deseo de hacerlo. Incluso cuando tú mismo dudas de que lo merezcas.

Después del milagro ocurre un giro asombroso. El leproso puede entrar a las ciudades. Jesús, en cambio, debe quedarse fuera. Intercambiaron lugares. El marginado fue reintegrado, y el Hijo de Dios cargó con el exilio. Es una imagen del evangelio: Él tomó nuestro lugar para que nosotros pudiéramos tener el suyo.

Quizás tú también conoces ese grito interior de “impuro” que suena cada vez que fallas. Quizás el aislamiento ya no es solo físico sino emocional, espiritual, una distancia que has construido para protegerte de más dolor.

Jesús sigue caminando hacia los márgenes. Sigue extendiendo la mano hacia lo que todos evitan. Y sigue diciendo lo mismo: Quiero. Sé limpio.

No necesitas llegar limpio. Solo necesitas acercarte.

---

### **Pregunta de reflexión**

*¿Hay alguna área de tu vida donde te has convencido de que Dios puede sanar a otros, pero no quiere hacerlo contigo? ¿Qué cambiaría si creyeras que su respuesta es “quiero”?*

---

### **Oración**

Señor Jesús, gracias por acercarte cuando todos se alejan. Gracias por no tener miedo de mi dolor ni de mis cicatrices. Hoy me acerco a Ti aunque tiemble. Tócame. Sana lo que escondo. Y devuélveme la dignidad de caminar como alguien amado por Ti. Amén.

## Día 4 de 11

*Texto bíblico: Marcos 5:2-5, 15*

### **Cuando Jesús me libera de mis cadenas**

No había nadie más difícil de alcanzar que este hombre.

Vivía entre tumbas. Se hería a sí mismo. Gritaba de noche. Había roto cadenas de hierro con sus propias manos, pero no podía romper las que lo destruían por dentro. Todos los que habían intentado ayudarlo habían fracasado. Para el pueblo, era simplemente el endemoniado, el peligroso, el caso perdido.

Jesús cruzó el mar de Galilea específicamente para encontrarlo.

No fue un accidente. No fue una parada de camino a otro destino. Jesús atravesó una tormenta, llegó a territorio gentil, a tierra impura, a los márgenes de los márgenes, porque había un hombre allí que nadie más estaba dispuesto a buscar.

Cuando el hombre vio a Jesús, corrió hacia Él. No en adoración, sino en desesperación. Los demonios dentro de él reconocieron al Hijo de Dios y temblaron. Y frente a esa legión, Jesús no retrocedió. No hubo lucha prolongada, no hubo negociación de poder. Solo autoridad. Los espíritus salieron.

Y entonces el texto describe algo conmovedor: el mismo hombre que horas antes gritaba entre las tumbas, ahora estaba sentado a los pies de Jesús, vestido y en su cabal juicio. Tranquilo. Cuerdo. Digno.

Ese es el verdadero milagro. No solo que los demonios hayan salido, sino que el hombre haya vuelto a sí mismo.

La gente del pueblo, en lugar de celebrar, se llenó de temor y le pidió a Jesús que se fuera. Preferían al hombre poseído pero predecible. El orden conocido, aunque oscuro, les resultaba más cómodo que un Salvador que transformaba lo imposible.

A veces nosotros hacemos lo mismo. Nos acostumbramos tanto a nuestras cadenas que la idea de vivir sin ellas nos resulta extraña. El tormento se vuelve identidad. La angustia se normaliza. Y aunque no lo admitamos, hay algo en nosotros que resiste la libertad porque no sabemos quiénes somos sin el peso que hemos cargado tanto tiempo.

Pero Jesús no define a este hombre por su historia. Lo mira como alguien hecho a imagen de Dios, rescatable, redimible. Y cuando lo libera, no lo deja simplemente aliviado. Le da una misión: "Vete a tu casa y cuenta cuán grandes cosas el Señor ha hecho por ti."

Lo que fue su cárcel se convierte en su mensaje. Lo que fue su tormento se convierte en su testimonio.

Jesús sigue cruzando mares por personas que el mundo ya dio por perdidas. Tu caos no lo asusta. Tu historia no lo detiene. Él llega precisamente donde nadie más quiere ir.

---

### **Pregunta de reflexión**

*¿Hay alguna cadena, hábito o tormento interior al que ya te has acostumbrado tanto que dejaste de creer que Dios puede liberarte de él?*

---

### **Oración**

Jesús, gracias por cruzar mares por mí. Hoy reconozco que hay cadenas que no he podido romper solo. Ven a mis tumbas. Calla las voces que me atormentan. Devúelveme la dignidad de estar sentado, vestido y en mi cabal juicio a tus pies. Usa mi historia para tu gloria. Amén.

## Día 5 de 11

*Texto bíblico: Mateo 8:8-10*

### **Cuando Jesús se encuentra con mi necesidad y dependencia**

Era un hombre acostumbrado a que sus órdenes se cumplieran. Cien soldados le obedecían. Su vida entera estaba construida sobre la autoridad, la disciplina y el control. Pero ese día, el centurión romano caminaba hacia Jesús no desde su fortaleza, sino desde su límite.

Su siervo estaba paralizado y agonizando. Y no había nada que él pudiera hacer.

El poder de Roma no alcanzaba. La medicina no llegaba. Sus recursos, su rango, su reputación, todo había llegado al borde de lo que podían ofrecer. Y en ese borde, este hombre hizo algo que su cultura consideraba impensable: se acercó a un rabino judío, lo llamó Señor, y pidió ayuda.

Jesús respondió de inmediato: “Yo iré y lo sanaré.”

Pero entonces el centurión dijo algo que dejó a todos sin palabras: “Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Solo di la palabra y mi siervo quedará sano.”

No pidió una visita. No pidió una señal visible. No necesitó que Jesús estuviera físicamente presente para creer que podía actuar. Entendió algo que muchos en Israel no habían entendido: la autoridad de Jesús no depende de la proximidad. Su palabra basta. Cuando el Rey ordena, lo creado obedece.

Jesús se maravilló. Y en todo el evangelio son contadas las veces que Jesús se maravilla. No se asombró del poder del centurión, ni de su estatus, ni de su historia. Se maravilló de su fe. Una fe sin adornos, sin rituales, sin historial religioso. Solo confianza absoluta en la palabra de Cristo.

Hay dos cosas que hicieron extraordinaria la fe de este hombre. Primero, su humildad: llegó reconociendo su indignidad en lugar de presentar sus méritos. Segundo, su dependencia: dejó de buscar soluciones alternativas y puso toda su expectativa en Jesús.

Esas dos cosas siguen siendo las que Jesús honra hoy.

La autosuficiencia es uno de los mayores enemigos de la fe. Nos acostumbra a cargar todo solos, a resolver, a controlar. Y mientras tengamos fuerzas propias, raramente buscamos las de Dios. Pero cuando llegamos al límite, cuando los recursos se agotan y el problema sigue en pie, aparece la oportunidad de una fe que ya no descansa en nosotros sino en Él.

El centurión no encontró a Jesús en su mejor momento. Lo encontró en su punto de quiebre. Y es ahí, exactamente ahí, donde Jesús sigue encontrándonos hoy.

Depender de Jesús no es debilidad. Es reconocer quién tiene el verdadero poder.

---

### **Pregunta de reflexión**

*¿Hay una situación en tu vida donde has agotado tus propios recursos y todavía no se la has entregado completamente a Jesús? ¿Qué te impide decir hoy: "Solo di la palabra"?*

---

### **Oración**

Señor Jesús, hoy me acerco a Ti como el centurión: no desde mi fortaleza, sino desde mi necesidad. Reconozco que hay situaciones que no puedo controlar. Te entrego mis cargas y mis intentos de resolverlo todo. Enséñame a creer antes de ver, y a descansar en que tu palabra es suficiente. Amén.

## Día 6 de 11

*Texto bíblico: Marcos 3:3-5*

### **Cuando Jesús se encuentra con mi incapacidad y religión muerta**

Estaba en la sinagoga, pero nadie lo veía realmente.

Era día de reposo. La gente se había reunido para orar, escuchar la Ley, mantener la rutina religiosa de la semana. Los fariseos estaban presentes, atentos, vigilantes. Jesús también había entrado. Y en un rincón, casi invisible entre la multitud, había un hombre con la mano seca.

No pidió nada. No interrumpió. No expresó ninguna expectativa. Simplemente estaba allí, presente pero ignorado, cargando en silencio una limitación que lo acompañaba todos los días.

Para los fariseos, ese hombre era una oportunidad para atrapar a Jesús. Para Jesús, era una vida que necesitaba ser atendida.

Esa diferencia lo dice todo.

Jesús lo llamó al centro. No a los márgenes donde podía pasar desapercibido, sino al frente, donde su necesidad ya no podía ser ignorada. Y antes de sanarlo, hizo una pregunta que cortó el ambiente: “¿Es lícito en el día de reposo hacer bien o hacer mal, salvar una vida o matar?”

Los fariseos eligieron el silencio. No porque no supieran la respuesta, sino porque admitirla significaba reconocer que habían convertido la religión en un sistema que protegía tradiciones en lugar de restaurar personas.

El texto dice que Jesús los miró con enojo. Y también con tristeza. Enojo ante la dureza. Tristeza ante lo que la religión sin amor puede hacer con el corazón humano: endurecerlo, secarlo, volverlo experto en cumplir reglas mientras ignora el sufrimiento real de las personas a su lado.

Luego miró al hombre. Y esa mirada era completamente distinta. Sin juicio. Sin impaciencia. Solo intención y ternura. “Extiende tu mano.”

El hombre obedeció. Y lo que estaba seco volvió a la vida.

Es una imagen que va más allá de lo físico. Todos cargamos áreas secas. Partes de nuestra vida que dejaron de funcionar, sueños que se marchitaron, zonas del alma donde hace tiempo no entra vida. A veces las escondemos tan bien que aprendemos a funcionar sin ellas. Las disimulamos, las minimizamos, construimos rutinas alrededor de ellas para que nadie las note.

Pero Jesús las ve. Y no las usa para acusarnos. Las saca al centro para sanarlas.

El milagro no comienza cuando Jesús actúa. Comienza cuando extendemos lo que hemos estado ocultando. La fe a veces no se ve como valentía. A veces se ve como el acto humilde de mostrarle a Jesús exactamente lo que preferíamos que nadie viera.

Lo que está seco en ti no es demasiado para Él. Solo necesita ser extendido.

---

### **Pregunta de reflexión**

*¿Qué área de tu vida has aprendido a esconder o disimular? ¿Qué pasaría si hoy la extendieras delante de Jesús en lugar de seguir protegiéndola?*

---

### **Oración**

Señor Jesús, hoy reconozco que tengo áreas marchitas que he ocultado por vergüenza o miedo. Tú me llamas al centro no para exponerme sino para sanarme. Te extiendo lo que está roto. Confío en que tu palabra tiene poder para devolver vida a lo que ha estado seco por mucho tiempo. Amén.

## Día 7 de 11

*Texto bíblico: Lucas 19:5-8*

### **Cuando Jesús se encuentra con mi falsa superioridad**

Zaqueo tenía todo lo que el mundo considera éxito.

Dinero. Influencia. Posición. Era jefe de recaudadores de impuestos, lo que significaba que había trepado hasta la cima de un sistema lucrativo, aunque para lograrlo había tenido que traicionar a su propia gente. Los romanos lo usaban. Su comunidad lo despreciaba. Y aunque su cuenta bancaria estaba llena, por dentro vivía con un vacío que ninguna riqueza había podido llenar.

Ese día Jesús pasaba por Jericó, y Zaqueo quería verlo. Pero la multitud no le abría paso. No solo por su estatura, sino porque nadie estaba dispuesto a darle espacio. Era el tipo de hombre al que la gente evita, no el tipo al que ayuda.

Entonces hizo algo que un hombre de su posición jamás debería hacer: corrió y subió a un árbol. Un adulto con túnica, encaramado en una higuera, expuesto al ridículo público. Para muchos, era la confirmación de su torpeza. Para Jesús, era una ventana abierta hacia un corazón que empezaba a quebrarse.

Jesús se detuvo. Levantó la mirada. Y lo llamó por su nombre.

“Zaqueo, date prisa y desciende, porque hoy debo quedarme en tu casa.”

No mencionó su pasado. No listó sus pecados. No le pidió que se arrepintiera primero. Solo lo llamó por nombre y pidió quedarse con él. La multitud se escandalizó. Jesús, en cambio, ya había visto lo que nadie más podía ver: una necesidad escondida detrás de una apariencia de seguridad.

Zaqueo bajó apresuradamente. Y algo ocurrió en esa mesa que el texto no describe con detalle pero que se ve claramente en el resultado: mientras comían juntos, mientras la presencia de Jesús llenaba esa sala, el corazón de Zaqueo se rindió.

Sin sermón. Sin presión. Sin ultimatum. Solo la gracia encarnada sentada a su mesa.

Y de manera espontánea, Zaqueo habló: “La mitad de mis bienes daré a los pobres, y si en algo he defraudado a alguien, se lo restituiré cuadruplicado.”

La transformación no vino del miedo sino del encuentro. No obedeció para ser aceptado. Obedeció porque ya se sabía aceptado.

Eso es lo que la gracia hace cuando entra en una vida: no exige el cambio como condición, lo produce como consecuencia.

Todos, de alguna manera, construimos fachadas. De éxito, de espiritualidad, de control. Aprendemos a sostener imágenes que impresionan a otros mientras por dentro cargamos vacíos que nadie ve. Pero Jesús levanta la mirada hacia los que se esconden en los árboles. Llama por nombre a los que creen que no son dignos. Y entra precisamente en las casas donde nadie más entraría.

Su invitación sigue siendo la misma: date prisa y desciende.

---

### **Pregunta de reflexión**

*¿Hay áreas de tu vida donde sostienes una imagen hacia afuera que no refleja lo que vives por dentro? ¿Qué pasaría si le abrieras esas puertas a Jesús hoy?*

---

### **Oración**

Señor Jesús, gracias por mirar más allá de mis apariencias y llamarme por mi nombre. Hoy desciendo del árbol. Entra en mi casa, en mis decisiones, en las áreas que he mantenido cerradas. Quitá la falsa seguridad con la que he cubierto mi corazón y transfórmame desde adentro. Amén.

## Día 8 de 11

*Texto bíblico: Lucas 7:44-48*

### **Cuando Jesús me ama en casa de los religiosos**

La cena en casa de Simón era exactamente lo que parecía: ordenada, correcta, respetable. Un fariseo había invitado al famoso rabino de Galilea. Conversación teológica, ambiente controlado, gestos calculados. Todo en su lugar.

Hasta que entró ella.

Una mujer con fama conocida en la ciudad. No fue invitada. No tenía derecho de estar allí. Pero llegó con un frasco de alabastro lleno de perfume, se puso detrás de Jesús, y comenzó a llorar. Sus lágrimas mojaron los pies del Señor. Los secó con su cabello. Los besó repetidamente. Y luego derramó todo el perfume sobre Él. Sin calcular. Sin dosificar. Sin guardar nada.

Desde afuera, la escena parecía desordenada, excesiva, inapropiada. Desde el cielo, era una de las adoraciones más hermosas que el evangelio registra.

Simón observaba en silencio, pero su veredicto ya estaba listo: “Si este hombre fuera profeta, sabría quién es la mujer que lo está tocando.” Para él, la santidad se medía por la distancia que uno mantenía de gente complicada. Un hombre de Dios de verdad no se dejaría tocar por alguien así.

Jesús leyó el pensamiento de Simón y respondió con una parábola breve: dos deudores, uno debía mucho, el otro poco, el acreedor perdonó a ambos. ¿Cuál lo amará más? Simón respondió correctamente pero sin entender lo que acababa de decir sobre sí mismo.

Entonces Jesús señaló a la mujer y le preguntó a Simón: “¿Ves a esta mujer?”

Simón la veía, pero no la veía. Solo veía su etiqueta, su historial, su reputación. Jesús la veía completa: su dolor, su búsqueda, su fe expresada en un acto de entrega total.

Y luego se dirigió directamente a ella: “Tus pecados han sido perdonados. Tu fe te ha salvado. Vete en paz.”

En una habitación llena de personas que conocían la Ley, la única que salió en paz fue la que llegó sin méritos. La que se arrodilló con el corazón roto recibió lo que los religiosos sentados a la mesa no pudieron ver: que el perdón no se gana, se recibe. Y que quien entiende la magnitud de lo que se le perdonó, ama de manera que los demás no comprenden.

Esta historia nos pone frente a un espejo incómodo. A veces nos parecemos a la mujer: conscientes de nuestra necesidad, atraídos por Jesús de una manera que no sabemos explicar del todo. Otras veces nos parecemos a Simón: hablando correctamente de Dios mientras evitamos arrodillarnos, midiendo a otros por su historial, más cómodos analizando la fe que entregándonos a ella.

Jesús no desprecia al que llega desordenado. Lo recibe. Y su voz tiene la última palabra sobre tu pasado.

---

### **Pregunta de reflexión**

*¿Te identificas más hoy con la mujer que se derrumba a los pies de Jesús, o con Simón que lo observa desde la mesa? ¿Qué te impide un mayor desborde de gratitud hacia Él?*

---

### **Oración**

Señor Jesús, vengo a Ti con mi historia completa. Cubre mi pasado con tu amor y haz que tu palabra tenga más peso que mi vergüenza. Perdóname por las veces en que he sido como Simón, analizando desde lejos en lugar de arrodillarme. Haz de mi vida un perfume derramado, no un frasco guardado. Amén.

## Día 9 de 11

*Texto bíblico: Juan 11:25-26, 35*

### **Cuando Jesús se encuentra con mi pérdida y mi duelo**

Jesús amaba a esta familia.

Juan lo dice con claridad, sin rodeos: amaba a Marta, a María y a Lázaro. No eran destinatarios de su ministerio, eran sus amigos. Y aun así, cuando recibió el mensaje de que Lázaro estaba enfermo, se quedó dos días más donde estaba.

Desde Betania, ese retraso se sentía como abandono.

Cada hora que pasaba, Lázaro empeoraba. Las hermanas esperaban. La enfermedad avanzaba. Y Jesús no llegaba. Cuando finalmente llegó, Lázaro llevaba cuatro días en la tumba. Marta salió a su encuentro con una mezcla de reproche y fe que muchos reconoceremos: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.”

Es una de las frases más humanas de todo el evangelio. La hemos dicho de otras maneras. Si hubieras intervenido. Si hubieras respondido diferente. Si no hubieras guardado silencio cuando más te necesitaba.

Jesús no la reprendió. No le explicó su plan. Le hizo una pregunta que atravesó el tiempo hasta llegar a nosotros: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá. ¿Crees esto?”

Luego llegó María. Sus palabras fueron las mismas que las de su hermana, pero su manera de expresarlas era diferente. Menos estructura, más desborde. Se derrumbó a sus pies llorando. Y entonces ocurre algo que detiene el corazón: Jesús, al verla llorar, se conmovió en lo más hondo de su ser. Y lloró.

El Hijo de Dios, el Señor de la vida, el que sabía exactamente lo que estaba a punto de hacer, se detuvo a llorar con sus amigos.

Antes de levantar a Lázaro, compartió sus lágrimas.

Esto nos muestra algo esencial sobre el carácter de Dios: Él no está por encima de nuestro dolor como un observador frío que conoce el final y por eso no se afecta. Se acerca tanto que participa de él. Tener la teología correcta sobre la soberanía de Dios no cancela la legitimidad del llanto. Jesús mismo lo demostró.

Cuando llegaron a la tumba, Jesús dio una orden que desconcertó a todos: “Quiten la piedra.” Marta reaccionó con la lógica del duelo: ya huele mal, ya pasaron cuatro días, ya es demasiado tarde. Pero Jesús respondió: “¿No te dije que si crees, verás la gloria de Dios?”

Y entonces gritó: “¡Lázaro, sal fuera!”

Lo que todos daban por terminado, Jesús lo llamó por nombre.

Quizás tú también estás mirando una tumba. Una relación, un sueño, una esperanza que diste por muerta. Jesús no siempre cambia lo que ocurrió. Pero sí transforma lo que ese dolor significa en tu historia. Y sigue llegando a nuestras Betanias, aunque parezca tarde, para llorar con nosotros antes de actuar.

---

### **Pregunta de reflexión**

*¿Hay algo que le has dicho a Dios en silencio: “Si hubieras estado aquí...”? ¿Puedes traerle hoy esa frase honestamente, confiando en que Él la recibe sin escandalizarse?*

---

### **Oración**

Señor Jesús, gracias porque lloras con los que lloran. Hoy te traigo mis pérdidas, mis preguntas y mis tumbas. No quiero esconderte mi confusión ni mi enojo. Te entrego los tiempos que no entendí y el control que no quiero soltar. Confío en que tu amor sigue siendo verdadero aunque no entienda tu camino. Amén.

## Día 10 de 11

*Texto bíblico: Lucas 24:17, 32*

### **Cuando Jesús camina a mi lado sin que lo note**

Caminaban alejándose de Jerusalén.

Eran dos discípulos que habían apostado todo por Jesús. Habían creído que Él era el libertador de Israel. Habían visto los milagros, escuchado las enseñanzas, seguido sus pasos. Y ahora caminaban en dirección contraria, con la esperanza rota y el corazón cargado de preguntas sin respuesta.

La crucifixión lo había cambiado todo. O al menos eso creían ellos.

Mientras caminaban y hablaban, un desconocido se unió al camino. Caminó a su ritmo. Los escuchó. Y luego les hizo una pregunta que parecía imposible: “¿De qué van hablando?”

Cleofas no podía creerlo. ¿Cómo era posible que alguien no supiera lo que había pasado? Y entonces derramaron todo: el arresto, la crucifixión, las esperanzas rotas, los rumores del sepúlcro vacío que no terminaban de creer. Y en el centro de todo, la frase que resumía su desilusión: “Nosotros esperábamos que Él era el que iba a redimir a Israel.”

Nosotros esperábamos. Es quizás la frase más humana de todo el evangelio de Lucas. La hemos dicho de otras maneras. Esperábamos que Dios actuara diferente. Esperábamos ese milagro, esa puerta abierta, ese giro en la historia. Y cuando no ocurrió como imaginamos, comenzamos a caminar hacia nuestro propio Emaús.

El desconocido los corrigió con firmeza pero los acompañó con ternura. Desde Moisés hasta los profetas, les explicó todo lo que las Escrituras decían sobre el Mesías. Y algo comenzó a ocurrir dentro de ellos mientras caminaban: su corazón empezó a arder.

No lo reconocieron en el camino. Lo reconocieron en la mesa. Cuando Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se los dio, sus ojos se abrieron. Y en ese instante, desapareció.

Pero dejó algo encendido que no se podía apagar.

Se miraron y confesaron lo que habían sentido sin entenderlo: “¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino?”

Jesús había estado allí todo el tiempo. Caminando a su ritmo. Escuchando sus preguntas. Abriendo las Escrituras en medio de su confusión. Y ellos no lo habían reconocido.

Eso también nos pasa a nosotros. En las temporadas de desilusión, de silencio, de preguntas sin respuesta, tendemos a concluir que Dios está ausente. Pero esta historia nos muestra que su presencia no depende de nuestra claridad. Él camina con nosotros incluso cuando caminamos en dirección contraria. Se une a nuestro paso aunque no lo reconozcamos. Y se revela en lo cotidiano: en un pan partido, en una conversación inesperada, en un versículo que de pronto enciende algo que estaba apagado.

La pregunta no es si Jesús está contigo. La pregunta es si estás dispuesto a reconocerlo donde Él elige revelarse.

---

### **Pregunta de reflexión**

*¿Hay una temporada de tu vida donde caminaste sintiéndote solo, pero ahora puedes ver que Jesús estuvo allí todo el tiempo? ¿Qué gesto cotidiano podría ser hoy la manera en que Él se está revelando a ti?*

---

### **Oración**

Señor Jesús, gracias por caminar conmigo incluso cuando mis pasos van en dirección contraria. Abre mis ojos para reconocerte en lo cotidiano, en lo sencillo, en lo que doy por sentado. Haz que tu Palabra encienda lo que la desilusión apagó. Y cuando te reconozca, dame fuerzas para volver al lugar al que me llamas. Amén.

## Día 11 de 11

**Texto bíblico: Juan 4:7, 13-14, 26**

### **Cuando Jesús me busca donde nadie más busca**

Era mediodía, y ella fue al pozo sola.

No era un detalle menor. Las mujeres iban al pozo por la mañana, cuando había compañía y el aire era fresco. Ir a mediodía era una señal: una señal de que el resto de las horas del día estaban marcadas por miradas que pesaban y conversaciones que prefería no escuchar. Era el costo de una historia que todos conocían y ninguno olvidaba.

Fue al pozo para evitar a todos.

No sabía que encontraría a Alguien.

Jesús estaba sentado junto al pozo, cansado del camino. El evangelio no lo suaviza: el Hijo de Dios, agotado. El que da el agua viva, con sed. Pero no descansaba en el sentido pasivo de quien espera sin propósito. Esperaba a alguien. Porque el texto lo dice antes de todo: "era necesario que pasara por Samaria." No por geografía. Por gracia.

Cuando ella llegó, Jesús le pidió agua. Una frase sencilla que cruzó tres muros a la vez: el muro cultural entre judíos y samaritanos, el muro social entre un hombre y una mujer en público, y el muro de dignidad que ella había levantado para protegerse del mundo. Y antes de que la conversación terminara, Jesús le había ofrecido agua viva, había sacado a la luz su historia completa sin condenarla, y se había revelado a ella con la declaración más directa de todo el evangelio de Juan: "Yo soy, el que habla contigo."

No lo dijo primero en el templo. No se lo anunció a los sacerdotes. Se lo reveló a ella. Sola. A mediodía. En un pozo de Samaria.

Eso dice todo sobre a quién busca el Dios que se acerca.

Y entonces ocurre un detalle pequeño que lo dice todo: la mujer dejó su cántaro. Fue al pueblo con las manos vacías. El cántaro —el motivo de su viaje, la herramienta de su rutina solitaria— quedó junto al pozo. Lo que necesitaba cargar ya no cabía en un recipiente de barro.

La que fue al pozo para evitar a todos fue la que los convocó a todos. La que vivía escondida en el mediodía se convirtió en la primera mensajera. No fue como teóloga ni con un sermón preparado. Fue con una pregunta y con una experiencia: "Vengan a ver a un hombre que me dijo todo lo que yo he hecho."

Su testimonio no era su perfección. Era su transformación.

Jesús sigue sentado junto al pozo. Sigue esperando en el mediodía. Sigue sabiendo toda tu historia. Y sigue ofreciendo lo mismo que le ofreció a ella: no una solución más al ciclo de la sed, sino el fin del ciclo. Agua que no dura un rato. Agua que se convierte en fuente.

¿Qué cántaro podrías dejar hoy junto al pozo?

### **Pregunta de reflexión**

*¿Hay un "mediodía" en tu vida —una área de soledad o vergüenza donde crees que nadie va a buscarte? ¿Qué cambiaría si creyeras que Jesús tenía que pasar precisamente por ahí?*

### **Oración**

Señor Jesús, gracias porque no tomaste el camino del rodeo. Gracias porque tenías que pasar por donde estoy yo. Hoy traigo mi sed real, la que he intentado calmar en tantos pozos que no pueden llenarse. Sácala a la luz con ternura, no para avergonzarme, sino para sanarme de verdad. Que tu agua viva fluya en mí hasta convertirse en fuente. Y que lo que reciba de Ti sea tan grande que no quepa en ningún cántaro de barro. Amén.